

MASCULINIDAD HEGEMÓNICA E IDENTIDAD MASCULINA

Luis Bonino

*Psicoterapeuta y Director del
Centro de Estudios de la Condición Masculina*

Ya hace muchos años que las fuentes de legitimidad de las sólidas identidades de la modernidad, tales como la familia, el trabajo y especialmente las concepciones de la feminidad y masculinidad, están en lenta transformación. Esto podría hacer pensar que la identidad masculina y los modelos en que basan los hombres la construcción de esa, su identidad, también lo están. Sin embargo, la interrogación y análisis de las vidas y especialmente de las prácticas de los hombres –y no sólo de sus discursos–, realizados desde el campo de la salud mental permite comprobar que aún con los cambios sociales y de comportamiento, las identidades masculinas, su configuración, su continuidad y su transmisión permanecen fuertemente estables. Y ello no es porque exista ninguna esencia masculina, sino porque todavía hoy existe una sola estructura predominante y legitimada como referente para la construcción de las identidades masculinas: la masculinidad social tradicional. (Benjamín, 1988; Burin y Bleichmar, 1996; Burin y Meler, 2000).

Hay quienes, desde las ciencias sociales y antropológicas (Hearn, 1989; Gilmore, 1990; Brandes, 1991; Seidler, 1992; Kimmel, 1993; Connell, 1995; DeAlmeida, 2000; Olavarria y Parrini, 2000) han estudiado la constitución de diferentes manifestaciones de la masculinidad en contextos y momentos históricos diferentes, llamando a esas manifestaciones «masculinidades», aludiendo a su importancia en tanto diversidades de un único modelo predominante de masculinidad. Entre ellos, algunos enfatizan que esas masculinidades tienen entre sí relaciones jerárquicas, habiendo una forma hegemónica –cambiante según épocas y lugares–, pero que al menos desde el Renacimiento, mantiene estables sus elementos básicos (Kimmel, 1993; Connell, 1995 y 1998). Esta forma, la masculinidad tradicional, llamada más exactamente masculinidad hegemónica (MH), no es solo una manifestación predominante, sino que como tal queda definida como modelo social hegemónico que impone un modo particular de configuración de la subjetividad, la corporalidad, la

posición existencial del común de los hombres y de los hombres comunes, e inhibe y anula la jerarquización social de las otras masculinidades, más aún en estos tiempos de globalización homogeneizante donde esta MH también lo es.

En cuanto a esas otras masculinidades, al menos en cuanto a su papel como organizadoras de identidad, su papel es todavía pequeño. Existe, sin embargo, una retórica optimista sobre su importancia y su presencia social (McMahon, 1999; Pease, 2000; Bonino, 2001), debido a que se definen como existentes y reales una serie de variaciones y modificaciones de la masculinidad que están mucho más en los discursos que en las prácticas, que cuando existen son periféricas, que se definen generalmente no por transformaciones de la MH sino a partir de líneas de fuga de ella por imperativo de las nuevas ideologías de la igualdad y la intimidad. Por otra parte, las existentes no tienen aún hoy casi ninguna legitimación social para convertirse en organizadores y modelos alternativos identitarios.

El poder configurador de la MH se hace evidente en la vida de los hombres contemporáneos no tanto en su discurso, sino en sus prácticas; no tanto en sus comportamientos aislados sino en su posición existencial, modo de estar e incapacidad para el cambio en lo cotidiano; no tanto en sus momentos estables, sino en las situaciones críticas; en su identidad representacional (imagen de sí) pero especialmente en la funcional (lo que hacen). Evidente también en su relación doméstica con las mujeres y en las señas de identidad de los movimientos de hombres mas convocantes. Y finalmente evidente en sus malestares expresados de modo homogéneo por muchos que, o bien no quieren identificarse con la MH o no pueden pero no la cuestionan, o por aquellos afectados por la presión de los mandatos de la masculinidad (los que callan porque no tienen nada «importante» que decir, los que se sienten «derrotados» por no haber cumplido algún objetivo vital, los que violentan para asegurarse «su» lugar de hombres, los que se horrorizan por su «disfunción» sexual, o los que no pueden aguantar llorar, entre otros).

La retórica optimista antes mencionada probablemente derive de muchas razones, pero una de ellas es sin duda la poca comprensión de la complejidad de la MH en su doble inscripción social y subjetiva. Esta poca comprensión lleva frecuentemente a suponer que la no total puesta en juego de todos sus componentes, la variación en uno o algunos de sus elementos o el desafío o apartamiento de ellos significa una transformación —una otra masculinidad o masculinidades—, cuando en la mayoría de los casos esa «transformación» sólo implica un reajuste entre sus componentes, la priorización de algún elemento sobre otro o flexibilizaciones específicas, cuando no un pulimiento o flexibilización de la estructura, pero no una(s) nueva(s) masculinidad(es). Quizás la visibilización de su intrincada conformación y el desmontaje de esa complejidad abriendo vías de ruptura a su fuerza

conformadora o aprovechando sus contradicciones, puntos de crisis o fisuras sí pueda abrir el campo para nuevas masculinidades o un más allá de la masculinidad, que sólo así podrán no quedar atrapadas en las complejas redes de la hegemónica (Butler, 1990; Braidotti, 1994; Rodríguez V., 2001).

La compleja masculinidad hegemónica

El término masculinidad es de significado diverso, y alude tanto al significado «correcto» de ser hombre como a diferencias con la feminidad. Al menos desde la perspectiva de los estudios de género, no queda duda de que es una categoría social, una organización más o menos coherente de significados y normas que sintetiza una serie de discursos sociales que pretenden definir el término masculino del género. Es un producto del doble paradigma histórico pero naturalizado de la superioridad masculina y de la heterosexualidad. (Bourdieu, 1990; Clatterbaug, 1998; Weltzer Lang, 2000).

Se trata de una de las dos categorías de la polarizada definición genérica de las personas, que alude a lo que significa ser (y no ser) hombre. Pero es también un formato deseado y una imposición de ser que designa e indica lo atinente –y no atinente– para la pertenencia al colectivo de los hombres.

Si bien, como comentamos antes, algunas voces sociales hablan de la existencia de diferentes versiones de esta masculinidad, desde el punto de vista del sujeto individual todavía hay sólo una que domina el universo de las definiciones sobre el ser hombre y el camino de la construcción de la identidad masculina: la MH, que está en lo más alto –por su valoración social– en la jerarquía de masculinidades posibles, siendo por ello la representación social dominante de lo masculino, la única aun legitimada socialmente y que deja fuera de juego de la construcción subjetiva a las otras.

La MH es la configuración normativizante de prácticas sociales para los varones predominante en nuestra cultura patriarcal, con variaciones pero persistente. Aunque algunos de sus componentes estén actualmente en crisis de legitimación social, su poder configurador sigue casi intacto. Relacionada con la voluntad de dominio y control, es un corpus construido sociohistóricamente, de producción ideológica, resultante de los procesos de organización social de las relaciones mujer/hombre a partir de la cultura de dominación y jerarquización masculina. Elemento clave en el mantenimiento de dicha cultura, deriva su poder de la naturalización de mitos acerca de los géneros, contruidos para la

legitimación del dominio masculino y la desigual distribución genérica del poder. Esta naturalización permite mostrar como verdades una serie de falacias sociales sobre el ser y deber ser de los saberes, pensares, estares y sentires de los hombres, logrando –como todo poder hegemónico–, que la vieja fuerza bruta de imposición sea reemplazada por la violentación invisible de las mentes, logrando la consensuación de algo que es sólo una ilusión (Bourdieu, 1990).

Es una estructura simbólica –arbitraria–, compuesta por un conjunto de mitos, creencias y significados sobre el ser hombre, que nos indica cómo tiene que ser un hombre «auténtico» (Burín y Meler, 2000). Es un sello de identificación para los varones pero no es algo de su «esencia», tampoco un disfraz o un rol representado, no es algo que voluntariamente se adopta, ni se pone o se quita, no es un tipo de personalidad ni un estilo de vida, no es un listado de características adecuadas ni está en los genitales ni en los genes. Es un orden que impregna profundamente las identidades, y fundamentalmente es una normativa existencial.

Como todos los productos de la cultura patriarcal es un operador marcado por la dicotomía y la desigualdad, por lo que la oposición e inferiorización de los otr@s no masculinos se transforman en elementos fundamentales en su construcción. Ubicada en el polo de la superioridad, genera la creación de otr@s subordinad@s y opuest@s, de los cuales necesita para reafirmarse. Derivada de relaciones de poder y valores patriarcales, las expresa y sostiene, y se mantiene en su legitimidad por la correspondencia entre sus valores con los de los ideales culturales y de los poderes institucionales.

La MH es un poderoso estructurador de las identidades individuales y sociales masculinas. Externa y preexistente al sujeto como identidad a implantar y adjudicar durante el proceso de atribución de género, tiene en su seno los valores y antivalores a los que hay que acercarse y alejarse para ser hombre adecuado, y como tal, queda profundamente impregnado en el modo de existir masculino y en el modo de pensar femenino sobre el hombre.

Durante los últimos años me he dedicado, junto a otros autores (Benjamin, 1988, 1995; Dio Bleichmar, 1998; Bonino, 1999; Burin y Meler, 2000), a intentar desvelar y deconstruir la constitución de este constructo social, investigándolo a través de su impronta en los sujetos masculinos, con los aportes del psicoanálisis y los estudios de género. Lo que sigue son algunos resultandos de ese trabajo.

La MH es algo más que un modelo referencial de tipificación (que lo es) con cuatro o cinco características que indican la manera aprobada socialmente de ser hombre. Es una matriz generativa, un molde vivo (que moldea y que limita), un formato organizador, un sistema normativo obligatorio, complejo, omniabarcador y absolutista–excluyente, un reglamento

por el que el cuerpo social ordena lo que debe ser – y no ser– un hombre a partir de portar los cromosomas XY y/o ser nombrado como niño –y no niña– al nacer. Y es también, un mapa orientador que indica el camino y pasos para cumplir ese cometido, una guía a lo largo de la cual se encarrila el desarrollo masculino, un modelo a seguir y una marca que ubica a los hombres de cualquier origen y desarrollo en una posición relacional ante las mujeres.

Está conformada como un complejo y compacto conglomerado constituido por valores jerarquizados socialmente, deseados para los hombres, que se vehiculizan a través de una normativa (la normativa hegemónica de género) integrada por mandatos prescriptivos y proscriptivos que propician cualidades, atributos, demandas sociales de y hacia los hombres, definiciones de l@s otr@s y modo de vivir. Normativa múltiple organizada en su cumplimiento por lógicas y metacreencias específicas, y que se expresa a través de su materialización en algunas pocas creencias-síntesis, que circulan como ideales identitarias y verdades naturalizadas de lo que un hombre debe ser y hacer. Todo este formato, que no es fijo, pero persistente, está sostenido por unos ejes sociales ideológicos específicos, y cobra sentido como un lugar y una práctica en relación a su opuesto en las relaciones de género, la feminidad hegemónica (FH).

Todos estos elementos interrelacionados entre sí se autoperpetúan y se actualizan a veces por el ajuste de jerarquía entre sus componentes, generando una estructura psicosocial de corte dominante, y que no cambia simplemente con que algunos hombres sean «más sensibles», porque es algo del orden social transindividual. Cabe señalar que esta estructura no es homogénea y totalmente coherente, sino que entre sus elementos puede haber contradicciones, fracturas y no confluencias, lo cual le permite un juego dinámico dentro de su estabilidad.

La MH selecciona y recorta algunos aspectos de las capacidades humanas –lo valioso en una cultura– y lo adjudica a los hombres, moldeando de modo casi monolítico su forma de vivir y de estar ya que no solo orienta, motiva e interpela a los sujetos a la espera de respuesta ajustada a la norma, sino que instituye, funda, organiza e impregna la constitución del sujeto masculino, y determina su modo de vida acorde con el cumplimiento de los valores que ella adjudica como adecuados para los hombres y que éstos se ven impelidos a cumplir.

Se convierte así en un organizador privilegiado de la construcción del psiquismo y cuerpo masculino, y lo hace en intersección con otras relaciones de poder (edad, etnia, clase, opción sexual) para producir sus efectos. Su poder organizador incluye la institución, mantenimiento y reproducción de dicha psiquis y cuerpo, trabajando para que las identidades masculinas resultantes sean dominantes e «independientes» y las femeninas frágiles y dependientes y sin diversidad posible, siendo por ello factor básico en la reproducción/perpetuación de la injusticia distributiva contra las mujeres de los tiempos, espacios y funciones sociales.

Aun con algunas fisuras y quiebras, la MH permanece aunque cambien algunos discursos o actitudes de quienes la portan. A pesar de que antes proponía hombres de una sola pieza y ahora permite más flexibilidad, relativización, atenuación del absolutismo o desestigmatización de algunas de sus creencias y mandatos —especialmente en la imagen y la estética—, éstos pesan aún mucho, y su hegemonía no permite fácilmente variaciones estructurales.

Difícil para muchos, no deseable para pocos, que algunos hombres estén más o menos alejados de sus influencias no la cambia porque no es una marca individual, por lo que cambiarla no puede hacerse sin actuar sobre la estructura patriarcal que la sostiene.

Como decía anteriormente, la MH no es intrínseca al sujeto sino que lo preexiste, y la identidad masculina se construye determinada por ella, que opera a nivel subjetivo y corporal dando las pautas conformadoras para el llamado proceso de masculinización (Benjamin, 1988) o socialización de género. Y lo hace a través de su transmisión por las figuras de apego que rodean al recién nacido, de las que depende vitalmente en su proceso de desarrollo. Esas figuras, en un trabajo de imposición simbólica, implantan sus contenidos en los nuevos cuerpos y mentes en construcción, y van otorgando legitimidad a la forma de ser y hacer resultantes —y deslegitimando otras posibles. Esa implantación se realiza desde lo emocional—vincular, a través del discurso y de la acción por los que se transmiten las representaciones mentales de las expectativas de masculinidad (deseos y temores de que sea o no sea de tal manera en tanto futuro hombre) de estas figuras. El bebé captura particularizadamente esa transmisión a partir de sus capacidades humanas de identificación, complementación, metabolización, rechazo y transformación.

Al final del proceso la MH «imprime carácter», siendo la identidad de estilo hegemónico y un producto de la sumisión metabolizada a ella, que queda finalmente incorporada, inscrita e internalizada, especialmente como hábitos e ideales de vida que gobiernan el quehacer. La MH queda así presionando desde dentro, y desde fuera —lo social— para que los hombres sigan siendo «como deben ser». Este proceso —por cierto, nunca acabado— deriva en la constitución de un hombre auto y heterorreconocido como tal (es decir, con una identidad masculina con mayor o menor grado de satisfacción de sí), que seguirá siéndolo como la normativa indica, que se angustiará si no cumple los ideales o que en su devenir podrá irse resignificando y desmasculinizándose de lo hegemónico para construirse como un más allá de la masculinidad social, que viene dada impositivamente.

Como vemos, en la construcción de la identidad corporal y subjetiva masculina coincide un trío de factores interactuantes: la MH, el contexto masculinizante —que es su correa de transmisión y legitimación permanente—, y un sujeto en proceso de masculinización. Cambios en cualquiera de estos factores pueden contribuir a generar cambios en el resultado (la identidad masculina).

Sostenes ideológicos, ejes-valores básicos y definiciones del otr@ de la MH

La MH se constituye sustentada en cuatro ideologías que proponen modelos de sujeto valorados en la cultura. Una, la *ideología patriarcal* que propone al sujeto hombre-padre con poder sobre los hijos y mujeres y afirma el dominio masculino del mundo. Otra, la *ideología del individualismo de la modernidad*, para la que el sujeto ideal es aquel centrado en sí, autosuficiente, que se hace a sí mismo, capaz, racional y cultivador del conocimiento, que puede hacer lo que le venga en gana e imponer su voluntad y que puede usar el poder para conservar sus derechos (Gil Calvo, 1997). Heredero de los ideales de la Grecia clásica, este sujeto ha incorporado en los últimos siglos el valor protestante-capitalista de la eficacia y está vedado a las mujeres. Presupone un varón blanco cristiano y occidental, que establece relaciones de paridad y jerarquía con los iguales. La tercera ideología es la de la *exclusión y subordinación de la otredad*, con la satanización-eliminación del otr@ distint@, que desde la antigüedad produjo el ideal del soldado guerrero y conquistador, heredero de los valores espartanos del sujeto valeroso y superior (Solana, 1997). Y la cuarta, la del *heterosexismo homofóbico* que propone como sujeto ideal al que realiza prácticas heterosexuales y rechaza las homosexuales, especialmente aquellas en la que se pueda estar en posición pasiva (Weltzer Lang, 2000).

Estas cuatro ideologías son el resultado de los procesos de organización social de la relación entre los hombres y de éstos con las mujeres, y al jerarquizar determinados ideales de sujeto, jerarquizan sus correspondientes capacidades y por un deslizamiento atributivo les otorgan la cualidad de valor importante y deseable elevándolos además a la cúspide de la jerarquía de valores humanos. Y en tanto lo humano aparece en estas ideologías como sinónimo de masculino, se atribuye su posesión a los hombres en monopolio, desapropiando de ellos a las mujeres, y quedando finalmente definidos como valores masculinos (Brittan, 1989).

Son estos valores la dominancia, el poderío visible, la actividad, la racionalidad, individualidad, la eficacia, la voluntad de poder, la certeza y la heterosexualidad. Estos valores se definen como «importantes y «valiosos», socialmente, y por serlos, se adjudican a los hombres, ya que según la ideología patriarcal, ellos son los jerarquizados. Y como tales, luego ellos definen esos valores como importantes, cerrando así una espiral de autoadjudicaciones y autocomplacencias.

Estos valores se proponen culturalmente como norte de la acción masculina, se presentan además como la meta de realización de los humanos en general, y se manifiestan y vehiculizan a través de una normativa derivada para cumplirlos. Normativa que, como

hemos dicho, se materializa en algunas creencias naturalizadas sobre la posición y las cualidades que debe tener un hombre (y complementariamente una mujer), y que transformados en ideales son la guía de realización masculina. Su poder orientador muestra el poder de macro y microdefinición de la realidad propio de los grupos poderosos que hacen creer como universales su manera de ser particular y sus valores a través de producir «verdades objetivas». Se transmiten como normas explícitas y como mandatos vehiculizados a través de las creencias de la MH.

Pero además, al definir los significados de ser hombre, la MH define complementariamente los significados de los «no hombres» (mujeres, y aquellos hombres que no cumplen las condiciones necesarias –según la normativa– para serlo). Estas definiciones están reguladas por algunas lógicas derivadas de las ideologías que sostienen la MH, entre las que destacan las siguientes:

- La lógica de la construcción excluyente del otro igual (yo u otro, sin nosotros).
- La lógica del antagonismo y desigualdad con lo no masculino.
- La lógica de la construcción complementaria y/o orientalista del otro extraño o desigual (Baumann, 2001): complementaria, dicotómica, desigual, excluyente. La primera lo propone como a disposición y en desigualdad, la segunda como opuesto en menos, con la característica particular que lo que es bueno para mí es malo para él/ ella, disociándolo en aspectos idealizados y denigrados.

Sobre estas lógicas, se construye la identidad del otro, a partir de la percepción que de él/ella permite la normativa materializada en las creencias matrices.

Creencias y sus reglas de cumplimiento

Las creencias de la MH son afirmaciones no racionales, arbitrarias y falaces, sustentadas en las ideologías de la masculinidad, producto de la transformación sociohistórica de los valores deseables para los hombres, cristalizados en el imaginario social como verdades «evidentes», e ideales sociales de masculinidad. Son materializaciones de la normativa de género, y algunos autores las han llamado emblemas, mandatos básicos o imperativos (Brannon y Davis, 1976; Badinter, 1992; Kimmel, 1993), pero creo más adecuado el término creencias, en tanto que jerarquiza su valor imaginario, no racional y con un fuerte arraigo subjetivo-emocional. Son el vehículo más visible de las definiciones de ser de la MH, expresando cada una un retazo de identidad necesaria para ser hombre: Ser hombre

es..., y podemos diferenciarlas en dos tipos: las matrices y las existenciales.

Las creencias matrices (Bleichmar, 1986), designadas así por su papel generativo, productivo y organizador de la identidad, indican que el logro de dicha identidad se asienta en la posesión de determinadas cualidades básicas, a las que se llega por el cumplimiento de determinados mandatos prescriptivos y proscriptivos específicos. Aunque se enuncian como descriptivas (ser hombre es ser... y no ser...) son fundamentalmente normativas (ser hombre es tener que ser...y no ser...), y materializan, cada una, en su tramado mandatos de fuerza moral imperativa transmisores, cada uno, de los valores masculinos asociados a la cualidad específica de cada creencia.

Brindan el material simbólico e imaginario que permite la configuración de la identidad, dando para ello pautas identitarias, cognitivas, perceptivas, afectivas, comportamentales y vinculares. Cada una de ellas es una constelación, un paquete de cualidades que giran alrededor de una cualidad-síntesis que como normativa organiza un aspecto de la subjetividad y corporalidad, y entre todas normativizan el camino a seguir para ser un hombre, organizando complementariamente definiciones de l@s otr@s que no son el sujeto configurado por la creencia.

Son producciones complejas -cualidad básica valorada, normativa prescriptiva y proscriptiva y cualidades derivadas, relación con l@s otr@s. Son matrices organizadoras e impulsoras vitales porque al internalizarse se convierten en unidades cognitivo emocionales que dirigen la construcción identitaria desde lo más amplio a lo más específico, asentándose como ideales de ser genérico, -aunque también como defensas intrapsíquicas frente a miedos específicos del desarrollo. En su implantación en la identidad masculina en construcción están mediatizadas por los avatares de la relación con las figuras de apego masculinizantes, que les dan su toque particular.

Las creencias matrices que aparecen de modo constante organizando la vida de los hombres y que han sido estudiadas por quienes se ocupan de la construcción de la masculinidad son fundamentalmente cuatro y representan a las definiciones «biológicas», de la masculinidad: independencia, dominio y jerarquía. Ellas son: la autosuficiencia prestigiosa, la heroicidad belicosa, el respeto a la jerarquía y la superioridad sobre las mujeres y la oposición a ellas. Según el modo de entender su importancia en la conformación de la identidad masculina, diferentes autores jerarquizan una u otra como fundante de las demás (Burin y Meler, 2000), pero lo cierto es que están en intrincada conexión entre sí de un modo no siempre ajustado, ya que materializan algunos mandatos contradictorios entre sí que pueden provocar conflictos de lealtad identificatoria. Estas creencias son estructuras socialmente bastante estables, y con un suficiente nivel de generalidad como para ir adecuándose a

lo particular del desarrollo de cada hombre y de cada momento social y permitiendo la incorporación de lo contingente sin que por ello queden desmentidas.

Ahora bien, las creencias indican una dirección, una meta, una aspiración, para asegurarse la calidad de hombre adecuado. Y ese aseguramiento está dado por el cumplimiento de sus mandatos. Pero la posibilidad de dicho cumplimiento está sujeto a unas lógicas, unas reglas que indican que ese cumplimiento sea correcto, el grado mínimo de cumplimiento que asegure que es tal, y los pasos que se deben seguir para asegurarlo. Todo esto está regulado por otro de los componentes de la MH: los *organizadores* del cumplimiento normativo, constituidos por las lógicas referenciales y las metacreencias (reglas de uso de los mandatos de las creencias).

Las lógicas referenciales derivan de las ideologías que sostienen la MH y se caracterizan especialmente por la dicotomía. Una hace referencia a la autodefinición y la otra a lo relacional, y son:

- La lógica del todo o nada / éxito o fracaso (se es o no, se puede o no).
- La lógica de la feminidad como impureza «contaminante».

En cuanto a las metacreencias, es decir, las reglas que regulan el cumplimiento de las creencias matrices, son las siguientes:

- Las creencias son verdaderas e indiscutibles, porque pertenecen al orden de la naturaleza (sólo hace pocos años, los estudios de género han demostrado cómo éstas, igual que otros productos de la cultura han sido deshistorizados y naturalizados para perpetuar su poder).
- Exigencia extrema de cumplimiento: los mandatos contenidos en las creencias deben ser cumplidos en totalidad, con censura extrema al incumplimiento. Esta regla, derivada de la lógica del todo/nada supone una elevada exigencia. Por ella, el no cumplimiento de los mandatos que propone una creencia (que se interiorizan como lo deseable/idealizado) arrastra inevitablemente al incumplidor a ser ubicado como incumplidor total, sometiéndolo a una identificación con el negativo del ideal y a su etiquetación con los antivalores de los que la creencia prescribe alejarse sin matizaciones (si no eres belicoso, eres un cobarde).
- La cualidad contraria (o vivida como contraria a la que prescribe los mandatos de la creencia) debe ser rechazada, ya que se vive como antivalor y «contranatura».
- La parte negativa impregna al todo, y no la positiva: por una operación de deslizamiento, no cumplir los mandatos de una creencia o parte de ella lleva a clasificar al no cumplidor parcial, como incumplidor total (por ejemplo: si no eres

belicoso, no eres hombre).

- Cumplimiento en competencia con otros hombres: en el grupo masculino, quien cumple con mayor justicia los mandatos de la creencia obtiene mayor titulación masculina.
- Lo femenino contamina.
- Las personas se clasifican, no en función de diferencias (los que tienen o no las cualidades asignadas por las creencias) sino principalmente en función valorativa según los ejes superior/inferior, prestigio/desprestigio, y aprecio/desprecio.

Con estos organizadores, las creencias matrices adquieren una tonalidad tiránica, que favorece el silenciamiento del conflicto entre lo que se es (siempre amenazado), y el deber ser, llevando a hacer más, más que a cuestionar.

Primera creencia matriz de la MH: la autosuficiencia prestigiosa

Esta primera creencia afirma que ser hombre es adquirir la cualidad de la autosuficiencia autoafirmativa, prestigiosa y eficaz, la que se obtiene cumpliendo con los siguientes mandatos normativos:

¡Bástate y válete por ti mismo! (Se independiente y no necesites de nadie), ¡Hazte a ti mismo, y llega a una posición! (Logrando éxito, poder, placer, familia en el futuro), ¡Distínguete/destaca (como diferente y como superior)!, ¡Busca tu propio destino!, ¡Cuenta sólo contigo mismo!, ¡Resuelve por ti mismo!, ¡Tu puedes (y lo puedes todo)!, ¡Haz lo que te venga en gana y se libre!, ¡Tu eres la medida!, ¡Valórate!, ¡Tu sabes lo que quieres!, ¡Toma la iniciativa!, ¡Se importante! (y da la talla con actos)!, ¡Se capaz y eficaz!, ¡Desarrolla un gran proyecto!, ¡Tu lugar es el ámbito publico! ¡Pon y pónete límites! (controla y contrólate), ¡No pierdas los estribos!, ¡Se responsable de tí!, ¡Haz tu mundo!, ¡Se responsable de otr@s, protégeles!, ¡Realízate trabajando! (por tus obras –trabajo, creaciones– te conocerán).

Cada uno de estos mandatos tiene su contraparte proscriptiva: ¡No te apoyes en nadie!, ¡No seas uno más!, ¡No te comprometas!, etc.

A través de esta creencia se adjudica a los hombres la independencia y el poder de dominio (de la realidad y de sí) que en la existencia masculina es potencia u operante, pero siempre existente, aunque nunca puede asegurar plenamente. El arquetipo junguiano del Rey, así como las metáforas masculinas sobre la potencia y fertilidad masculina corresponden a esta creencia.

Esta es la creencia que más impregna la representación social de la masculinidad y la autorrepresentación que los hombres tienen de lo que significa ser hombre. La cualidad que prescriben sus mandatos no basta tenerla, sino que es necesario mostrarla, manifestarla, demostrarla y defenderla, y debe ir adquiriéndose en varios pasos. El camino hacia su apropiación se dirige desde la adquisición de una autosuficiencia autorreferente hacia la de una autosuficiencia sostenedora del «propio mundo» (material y humano construido) partiendo del estatus de persona de pleno derecho adquirido al nacer, a través de la lucha y el exceso de la adolescencia (cumplimiento de la segunda creencia) hasta el autocontrol y la responsabilidad (la etapa de «sentar cabeza» para la que deben cumplirse los tres últimos mandatos de la lista anterior). En estos pasos se puede fracasar adquiriendo entonces el rol niño eterno, malvado o cabra loca.

Los valores y cualidades vehiculizados, jerarquizados, prescriptos, promovidos y sintetizados en esta creencia son, en su vertiente autorreferente: individualidad y autonomía, autoafirmación y autoconfianza, egocentrismo, autoglorificación, reserva para sí, protagonismo y el derecho a él (con la necesidad asociada de confirmación admirativa), libertad, potencia, poderío, prestigio y trascendencia, actividad y producción (el manifestarse por acciones y obras), racionalidad «objetiva», y despersonalizada con propiedad de la razón, sabiduría y discernimiento, ser «de una sola pieza», ambición, espíritu emprendedor y exitoso centrado en el desempeño y valorado por los resultados, autocontrol con dominio de lo malo y peligroso de sí, autorrealización en lo público y el dominio y control de la realidad, y uso del poder para defender el ejercicio de todas estas cualidades.

Y en su vertiente sostenedora del «mundo propio» son: «madurez» de ser pareja, padre y proveedor, responsabilidad y el derecho de control de «los suyos», responsabilidad para saber dominar las circunstancias, negación de sí en función de la familia, provisión y la protección, el derecho de imponer voluntad, ser el representante de la ley, puesta de límites, y ser soporte de otr@s.

Las cualidades y valores opuestos a las prescriptas desde esta creencia están proscribas para los hombres y según los organizadores en juego, desjerarquizadas y proscribo su rechazo. Así, esta creencia propone especialmente que las oposiciones valoradas/no valoradas, deseadas/temidas por los hombres sean especialmente: potente/impotente, exitoso/fracasado, dominante/dominado admirado/despreciado y eficaz/inútil.

En esta creencia, el lugar adjudicado al otr@ no es de sujeto, sino de objeto a disposición o a sujeto en menos o a proteger, fomentando una actitud objetivante. Esta actitud hace más fácil la relación con un otr@ abstracto y lejano, que con un otr@ cercano que se vive como peligroso porque tiene el riesgo de ser percibido como necesario o que puede descubrir las

«fallas», «poner en evidencia», y destruir la ilusión de autosuficiencia y prestigiosidad.

Esta creencia fomenta la construcción del retazo «independiente» de la identidad masculina hegemónica, y autoperpetúa transgeneracionalmente ese modo de construcción de la identidad porque al generar una socialización específica que prescribe que ser un hombre es no depender de nadie, genera expectativas parentales que fomentan un intento de discontinuidad y diferencia de las figuras de apego desde el principio del desarrollo. En nuestra cultura donde la crianza la realizan predominantemente las mujeres, esto se traduce en una individuación precoz por parte del bebé y una separación precoz del cuerpo y lo vivido como femenino, con apropiación precoz del espacio público.

Segunda creencia matriz de la MH: la belicosidad heroica

Esta creencia afirma que ser hombre es adquirir la cualidad de ser un luchador valeroso, la que se obtiene cumpliendo con los siguientes mandatos normativos:

¡Se fuerte y valiente!, ¡Lucha!, ¡Enfréntate!, ¡Atrévete!, ¡Hazte respetar y no te dejes avasallar!, ¡Resiste al dolor y las adversidades!, ¡Sufre con dignidad!, ¡No des pistas sobre ti!, ¡Defiéndete (atacando), o ataca (defendiéndote)!, ¡Alerta!, ¡Arriégate, muriendo si es necesario!, ¡Se fuera de lo corriente!, ¡Imponte!, ¡Domina y no dejes que te dominen!, ¡Compíte e intenta ganar! ¡El cuerpo aguanta!. Cada uno de estos mandatos tiene su contraparte proscriptiva: ¡No seas débil ni cobarde!, ¡No llores!, ¡No te desentiendas de la competencia!, etc.

Esta creencia promueve la figura del héroe, el soldado o el guerrero valeroso, o su versión del deportista, tan cara al imaginario masculino y en ella se basan todas las metáforas de la «penetración» masculina. Los arquetipos junguianos del Guerrero y la Bestia corresponden a esta creencia.

Cumplir los mandatos de esta creencia representa un paso obligado para adquirir la masculinidad: lo que los mitos llaman el camino del héroe, en el que, por la lucha y el exceso se va buscando el sentido de la vida (masculina) y la vuelta triunfante con el reconocimiento de sus iguales —mientras se va fraguando la experiencia y habilidad del enfrentamiento (a la vida, a los otros, al mundo, a sí mismo). Promueve así un sentido de la vida basado en la búsqueda de hazañas y proezas, una visión de la vida como desafío, y del mundo como campo de batalla en el que gana el más fuerte y donde la amenaza es

constante, en el que la violencia puede ser requerida, y en la que lo que se gana no es sólo el trofeo, sino un emblema de la masculinidad: el ser más. Promueve también la competitividad (que en una de sus raíces lo es por ver quién es «más» hombre).

Los valores y cualidades vehiculizados, jerarquizados, prescriptos, promovidos y sintetizados por esta creencia son: afirmación a través del enfrentamiento, capacidad de lucha, afrontamiento de desafíos, voluntad de superación, agresividad y belicosidad, heroicidad, fortaleza y destreza, valor, atrevimiento y audacia, impulsividad y acción, afrontamiento del riesgo, espíritu de aventura, aguante para soportar dolor y superar sufrimiento, dureza emocional y aplomo con inhibición del miedo, emocionalidad distante, impasibilidad y calma, competitividad, cuerpo bien constituido para garantizar superioridad y control, uso del cuerpo como herramienta, violencia como instrumento eventual legitimado (para defenderse de ataques a diferentes representaciones de la virilidad), legitimación de la defensa del territorio. Cualidades todas éstas que se validan especialmente ante otros y favorecen la homosociabilidad.

Las cualidades y valores opuestos a las prescritas desde esta creencia están proscriptas para los hombres y según los organizadores en juego, desjerarquizadas y prescripto su rechazo. Así, esta creencia propone especialmente que las oposiciones valoradas/no valoradas, deseadas/temidas sean: fuerte-aguantador/débil o duro/frágil y valiente/cobarde, triunfador/derrotado.

En esta creencia, el lugar adjudicado al otr@ es de sujeto desconfiable, potencial adversario o humillador, peligroso, a doblegar, enemigo o competidor. Se construye la propia seguridad a costa de definirlo como enemigo. Si el otro es hombre, pese a ello es aliado en la participación de lo público (el territorio masculino) y digno de respeto –receloso. La mujer sólo es aquí objeto eventual de conquista, dominación o público para aplaudir las hazañas masculinas. Por todo esto, esta creencia está en la base de la misoginia, la homofobia y la xenofobia.

Autorizando derechos de todo tipo para defenderse de lo hostil, esta creencia fomenta la delimitación de identidades individuales y grupales autodefensivas y repudiadoras de las aperturas y las analogías con lo diferente de sí. Apoyada por la cuarta creencia –la lealtad ciega a ideales y normas grupales–comunitarios y a las jerarquías que los representan–, aún avala la conquista y la lucha expresada en las guerras y en su variante civilizada el deporte competitivo (Elias, 1992). También valida el uso de la violencia individual y grupal como recurso defensivo de lo propio y controlador/conquistador de lo ajeno. Y aún más: los organizadores indican en esta creencia que –cuando ella es prioritaria entre las otras creencias de la MH–, su cumplimiento máximo puede estar dado en las circunstancias que

cada quien percibe como de excepción épica, cuando hay situaciones extremas en que hay que acabar con la vida de otros hombres o dejarse morir a manos de ellos, pues en esas ocasiones se anula toda cobardía y se puede alcanzar la calidad del heroísmo y el sacrificio por el honor personal y por la patria o la causa.

Esta creencia fomenta la construcción del retazo «luchador» y valeroso de la identidad masculina y autoperpetúa transgeneracionalmente ese modo de construcción de la identidad, porque al generar una socialización específica que prescribe que ser un hombre es ser ofensivo/defensivo fomenta un endurecimiento desconfiado precoz que lleva a un recelo de la intimidad y un rechazo a lo emocional.

Estas primeras dos creencias, con sus organizadores de cumplimiento generan un hiperexigente mandato-síntesis: ¡Debes ser exitoso (material y/o moralmente), respetado y mantener el tipo para ser un hombre!, que activa la ansiosa y permanente pregunta masculina ¿gestoy a la altura?

Tercera creencia matriz de la MH: el respeto al valor de la jerarquía

Esta creencia afirma que ser hombre es adquirir un prominente lugar dentro de una estructura jerárquica masculina —o sus referentes simbólicos tales como patria o institución— encabezada por los «grandes hombres» (diferentes caras del padre—amo poderoso), y dentro de la que se puede ascender por obediencia. Este lugar se obtiene cumpliendo con los siguientes mandatos normativos:

¡Subordinación (y valor)!, ¡Obedece a tu padre—autoridad (y no a tu madre)!,
¡Resígnate!, ¡Nobleza obliga!. Y cuando se está arriba en la escala: ¡Eres la autoridad, por ello ordena y manda!.

Cada uno de estos mandatos tiene su contraparte proscriptiva: ¡No te rebeles!, ¡No desobedezcas!, etc.

Esta creencia es la que más organiza la vida práctica y cotidiana de la mayoría de los hombres, que lejos de su más aceptada autorrepresentación como libres y valerosos —como prescriben las creencia antes nombradas—, viven generalmente de un modo sometido y burocrático, a veces ya sin ni siquiera aspirar a subir en la jerarquía, sino solo quedándose en la tranquilidad de la subordinación.

Atrapa al hombre por la ilusión (casi siempre incumplida), de que algún día será

autoridad y dueño de alguien/algo (y también de sí), de algún día llegar a la cúspide. Pero en realidad, ese día casi nunca llega dado que en realidad la cúspide está reservada a unos pocos pero aun así se espera... Favorece además la interiorización del código de la humillación, ya que donde la complementariedad sumisa reemplaza a la mutualidad.

Los valores y cualidades vehiculizados, jerarquizados, prescriptos, promovidos y sintetizados por esta creencia son: disciplina y obediencia (a autoridad o a una causa), lealtad a ideales y personas que lo representan, ejercicio de autoridad, sabiduría y poder del adulto, honor, no-cuestionamiento de sí, de las normas y de los ideales grupales (los de la masculinidad incluidos), generosidad y sacrificio de lo propio, proteccionismo de los «débiles».

Las cualidades y valores opuestas a las prescritas desde esta creencia están proscriptas para los hombres y según los organizadores en juego, desjerarquizadas y prescripto su rechazo. Así, esta creencia propone especialmente que las oposiciones valoradas/no valoradas, deseadas/temidas sean: soportar/no soportar o disentir con la jerarquía, pertenecer/no pertenecer a un grupo (de varones), ya que ellos (y no la mujeres) son los que avalan con su aplauso la masculinidad.

En esta creencia, el lugar adjudicado al otro es de sujeto dominante con autoridad (o dominado obediente), con respeto admirativo/temeroso al dominante. En ella se sostienen la validez de los rituales de iniciación (al decir de Bourdieu, de institucionalización, en tanto sirven para incluir a los hombres en la institución de la masculinidad adulta). En estos rituales, las figuras poderosas imponen ceremonias más o menos sacrificiales y/o violentas para la ruptura con el rol de hijo materno. Rituales que constituyen parte del sendero del saber, vía dolorosa de sometimiento a quienes se autoasignan como dueños de las claves de la adjudicación social de la identidad. El arquetipo junguiano del Mago corresponde a esta creencia.

Esta creencia favorece la construcción de un retazo de identidad masculina caracterizado por el sometimiento masculino a las figuras poderosas y autoperpetúa transgeneracionalmente ese modo de construcción de la identidad porque al generar una socialización específica que prescribe que ser un hombre es ser alguien dentro de una escala de autoridades—amos dominadores/protectores genera un modo de estar en que la cooperación igualitaria y el rechazo y la crítica a la autoridad se hace imposible, dejando como opción sólo el sometimiento a la cadena de «obediencias debidas», o si la situación se hace insostenible, la rebelión «matando al padre—tirano». Esta rebelión —prescripta por la segunda creencia de la MH, y necesaria para cumplir la primera—, entra en colisión con esta creencia, y supone un rechazo al primer mandato de esta creencia, aunque no necesariamente a los demás. Frecuentemente, dicha rebeldía está legitimada en la adolescencia sólo ante la figura poderosa de apego (el padre), pero no así luego ante las otras más alejadas (jefe,

patrón, gobernante), ni ante los códigos sociales injustos (incluido el de la MH), aunque puede desarrollarse ante injusticias institucionales mayores (las figuras del derrocador del tirano, del revolucionario o del partisano pueden ser un ejemplo de ello).

Dado que esta rebeldía es poco frecuente, las ansias de estar en la jerarquía de poder, al no poder aplicarse en el mundo de los hombres, frecuentemente se desplaza y es satisfecha por el cumplimiento de la cuarta creencia que a continuación describiremos.

Cuarta creencia matriz de la MH: la superioridad sobre las mujeres (y sobre los varones «menos masculinos») y la diferenciación de ell@s

Esta creencia afirma que ser hombre es adquirir la cualidad de superioridad frente a las mujeres, tener autoridad sobre ellas, y no parecerse a ellas, así como también hacerlo con los hombres que se muestran «menos masculinos» (todos aquellos que no cumplen los mandatos de la MH). Ser hombre es hacer lo que las mujeres no hacen y hacer lo que ellas no hacen. Estas cualidades se obtiene cumpliendo con los siguientes mandatos normativos:

¡Los hombres deben distinguirse de las mujeres!, ¡Eres más y tienes más derechos!, ¡Diferénciate de ell@s!, ¡No debes tener/hacer nada de mujer ni de maricón!, ¡No hagas caso de las mujeres!, ¡Elige, o estás con los hombres, o estás con las mujeres!, ¡No seas igualitario que te dominarán!, ¡Tu madre es especial e (intocable)!, ¡Lo doméstico no es lo tuyo (porque es de las mujeres)!, a los que se agrega un mandato específico de opción sexual: ¡Se heterosexual (y ten muchas mujeres)!

Los valores, cualidades (y también derechos) vehiculizados, jerarquizados, prescriptos, promovidos y sintetizados por esta creencia son: autoridad y dominio sobre mujeres, privilegios (naturalizados) y mayor derecho que ellas al mundo simbólico y material, heterosexualidad ambivalente (con deseo/temor) y promiscua, control de la sexualidad femenina.

Las cualidades y valores opuestos a las prescritas desde esta creencia están proscriptas para los hombres y según los organizadores en juego, desjerarquizadas y proscripto su rechazo. Ser varón supone no tener ninguna de las características que la cultura atribuye a los que se viven como inferiores o no importante: las mujeres (con sus características adjudicadas de ser para otros, pasividad, vulnerabilidad, emocionalidad, dulzura, cuidado hacia los otros, intimidad...), los niños, los homosexuales. Características llamadas «pruebas negativas de la masculinidad» (Badinter, 1992), donde ser hombre se transforma en una

identidad negativa –no ser mujer, niño ni homosexual–, donde el esfuerzo vital es demostrar que no se es algo, más que demostrar que se es algo. Todo esto favorece el rechazo a la vida cotidiana/doméstica (homologada a la vida «femenina»), la creencia en el mayor derecho al mundo simbólico y material (libertad, tiempo libre, reserva para sí, poder, definir realidad, tener derecho a), el rechazo a lo doméstico, la mira de los intereses puesta en el mundo masculino de la vida pública, la evitación de todo lo identificado como «femenino» o «menos masculino», (que puede contaminar y degradar), la misoginia y la homofobia.

Así, esta creencia propone especialmente que las oposiciones valoradas/no valoradas, deseadas/temidas sean: dominador/dominado, activo/pasivo, macho/maricón–mandilón–calzonazos, con su derivado hetero/homosexual.

Esta creciente cristalización de la jerarquización genérica autoatribuida por los varones, deriva de la construcción patriarcal de la representación de la mujer como sujeto en menos, de la creencia en la autosuficiencia por la cual la mujer no es necesaria, y del deslizamiento que atribuye a la mujer por ser paridora, la crianza, el cuidado y lo doméstico. Por ella la mujer (y el otro menos valioso según la valoración masculina) se definen como diferente/inferior, a disponibilidad como objeto a conquistar y relacionarse sexualmente, para servir, cuidar, apreciar o despreciar, disociada (idealizada/amenazante o denigrada, madre/ prostituta o bruja), de doble utilización (madre/ama de casa), medio de fines masculinos, con invisibilización de sus aportes valiosos para la vida y del trabajo doméstico. En ella se manifiestan la negación masculina del reconocimiento y la esencialización e invisibilización de las mujeres.

El modelo de relación con ellas que deviene de esto es el de la imposición de subordinación, la complementariedad (la mujer del hombre), siendo el varón el centro activo y modelo de sujeto y la mujer periférica y pasiva admiradora o eventual frustradora, con dicotomía de funciones (el varón en lo público, defensor y protector de lo suyo), el distanciamiento de ellas y desigualdad de derechos (favorables al varón). Una de sus consecuencias es la apropiación del espacio público/importante y la exclusión de las mujeres a lo privado.

A pesar de la inferiorización de las mujeres, a partir del peso de otra creencia –la de la belleza femenina que «atrae» al varón «provocando su deseo»– y de la necesidad de la descendencia, ellas, que no son deseadas como sujetos de intercambio igualitario, pueden ser, desde esta creencia jerarquizadas por los varones convirtiéndose en objeto de deseo amoroso–sexual. La intensidad de ese deseo (heterosexual, penetrante, promiscuo e incontrolable) pasa también a definir la masculinidad, y el modelo de amor resultante es uno que tiene más componentes de explotación, amor caballeresco o cortés, que de igualitario, con una definición subordinativa de la sexualidad.

Esta creencia favorece la construcción de un retazo de identidad masculina caracterizado por la creencia en el distanciamiento y superioridad defensiva sobre las mujeres y auto-perpetúa transgeneracionalmente ese modo de construcción de la identidad porque al generar una socialización específica que prescribe que ser un hombre es ser más y opuesto a las mujeres, fomenta una relación conflictiva con ellas y lo femenino: alejamiento de las mujeres y de los rasgos asociados a la feminidad-maternidad, un repudio de esos rasgos en sí mismo y una devaluación de las mujeres –como encarnaciones de aquellos rasgos de sí que ha aprendido a devaluar–, un intento de reencuentro y control desde la superioridad, un alejamiento del mundo doméstico en los que deja a l@s hij@s y una identidad defensiva e insegura.

Un aspecto importante de esta creencia es que prescribe la heterosexualidad como rasgo de la masculinidad, es decir es heteronormativa, aspecto básico muy tenido en cuenta por los estudios gay y *queer* (Weltzer Lang, 2000).

Una versión simplificada de estas creencias matrices fue descrita en los años 70 por dos psicólogos norteamericanos (Brannon y David, 1976), que enunciaron lo que llamaron «los cuatro imperativos que definen la masculinidad». Bajo la forma de frases muy simples estos enunciados –muy utilizados en la bibliografía–, reflejan en un mandato síntesis específico, algunos aspectos de las dos primeras las creencias matrices de la masculinidad, y alguno de la tercera. Estos imperativos son: No tener nada de mujer (*no Sissy stuff*), Ser importante (*the big wheel*), Ser resistente (*the sturdy oak*) y Ser fuerte y valiente (*give'em hell*). Pese a su popularidad, estos enunciados dejan de lado un aspecto fundamental de los imperativos plasmados en las creencias matrices de la MH: la cuestión de la dominación masculina y la subordinación de la mujer y de otros hombres, que en ellos está invisibilizada.

Creencias existenciales

Estas creencias, derivadas de las matrices, son un segundo tipo de creencias de la MH que afirman que ser hombre implica la ubicación vital en determinados lugares existenciales que dan sentido global al devenir vital.

Son estas creencias:

- Posesión de una identidad privilegiada, por la que ser hombre implica estar en el lugar del mayor valor y derechos a (autoridad, poder, razón, saber), en contraste con la identidad femenina, de menor valor. Supone una definición de hombre como alguien importante, en el poder, con poder y de poder, y un cabalgamiento en la

trilogía de prestigio hombre–masculino–heterosexualidad, superior a la de mujer–feminidad–heterosexualidad, y de la desprestigiada tercer sexo– afeminamiento–homosexualidad (Nuñez Noriega, 1994).

- Posesión de una esencia masculina a conquistar y demostrar. Esta es una creencia paradójica ya que señala un lugar existencial «natural», pero que se debe ganar. Y lleva a una vida de búsqueda constante de apropiación de atributos que signifiquen hombría, con momentos fluctuantes de convicción y necesidad de demostración. De ella derivan otras cuatro creencias.
 - o Ser o aparentar, pero no defraudar. Según esta creencia, lo que importa especialmente no es tanto el propio sentimiento de ser, sino su demostración ante l@s demás, ante los que siempre hay que estar a la altura. Genera un alto sentido del ridículo, y de ella deriva el rito permanente del alardeo masculino.
 - o La definición de ser hombre es mensurable. El grado de cumplimiento de los mandatos de las creencias matrices y la cantidad de cualidad adquirida y ejercida son los parámetros que miden la virilidad. Esto lleva a definiciones de: todo, muy, poco o nada hombre, que se deben reafirmar constantemente.
 - o La definición de hombre es bivalente con dos caras, la valorada y la rechazada, sostenida en los pares superior/inferior, grande/pequeño/, bueno/malo, ganador/perdedor.
 - o La problematización de l@s otr@s es una estrategia fundamental en la lucha por la demostración de la propia masculinidad.
- Mujeres y hombres tienen diferencias insalvables y todos los hombres tienen semejanzas estructurales. Esta creencia promueve el sentimiento corporativo masculino y el rechazo a la alianza con las mujeres en muchos campos.

A partir de su influencia en la constitución del proyecto masculino existencial, las creencias matrices y existenciales son un fundamental elemento organizador y explicativo de áreas del quehacer masculino tan importantes como la sexualidad, el ejercicio de la violencia, la paternidad, las relaciones igualitarias o no con las mujeres y otros hombres, la responsabilidad procreativa, etc.

Por su función, como hemos visto, de matriz, organizador, mapa, guía y modelo, y especialmente a través de las creencias que actúan como ideales de ser, la MH impulsa la conformación de una «identidad masculina hegemónica», a través de la implantación de sus

componentes por las figuras de apego en el nacido XY. Se estructura una corporalidad, subjetividad y relación con l@s otr@s específicas, con la producción de un cuerpo para sí y de un cuerpo relacional con un formato y uso particular (Bonino, 1999; Pastor Carvalho, 2001), y una subjetividad y una intersubjetividad específicas, con componentes, motivaciones, deseos, representaciones de sí, comportamientos y rasgos particulares (Dio Bleichmar, 1998; Bonino, 1999; Burin y Meler, 2000; Pollack, 2001). Esta identidad lleva a una organización de la vida y la práctica cotidiana en donde lo acorde a la MH se desarrolla, y lo no acorde se inhibe en el desarrollo conformando una forma «aceptable» de ser, un proyecto de existencia particular y diferente al que promueve la FM, —el «destino» masculino— basado y marcado por el individualismo, la autoconfianza y el logro del dominio de sí, de l@s otr@s y del mundo, con formas particulares y preponderantes de percepción, lecturas de la realidad y reacción a ella, emoción, pensamiento (de sí, de l@s demás y del mundo), valoración, deseo, selección de intereses, acceso al saber, acción, uso del tiempo y espacio, organización de la vida y hasta modos de cambiar, cuyas características se deducen de lo particular de la subjetividad y corporalidad antes mencionado (Bonino, 1999).

Este proyecto se lleva adelante porque la MH queda finalmente incorporada como mapa y guía del sujeto, y queda sostenido por los ideales intrapsíquicos, las defensas de rechazo y repudio para no caer en los anti-ideales, y los hábitos —disposiciones o conjuntos de esquemas de percepción, pensamiento, valoración, sentimientos y acción que estructuran los comportamientos (Bourdieu, 1990)— que se adquieren durante el proceso de masculinización.

Aun dentro de la imposición de la MH, la particularidad de cada hombre surge de las articulaciones y jerarquizaciones, siempre complejas y contradictorias, de creencias y mandatos en la historia de cada sujeto a partir de la transmisión intergeneracional de la MH, pero ningún hombre, incluso los no incluidos en el lote de los «normales» no por eso están alejados de su influencia organizadora, de la cual solo podrán alejarse si transitan su proceso de desmasculinización de lo hegemónico.

Cabe señalar que la falta de alternativas legitimadas a la MH dificultan otros proyectos debido a los enormes vacíos de sostén organizador e identificadorio alternativos para ese proyecto (qué hombre es inmune a la inquietud que provoca la pregunta ¿tú eres un hombre, o qué?). Esto conduce frecuentemente a que los intentos de cambio se queden sólo en un proyecto en negativo: no ser como la MH indica.

Virtudes y problemas de la masculinidad

La construcción y mantenimiento de la identidad masculina favorece que los hombres adquieran una serie de capacidades positivas que los hombres y algunos que escriben sobre cuestiones masculinas dan por sentado que son específicamente masculinas, y esencializándolas las suelen llamar virtudes masculinas, masculinidad adulta o positiva. Son dichas capacidades la autoconfianza, la iniciativa, la habilidad para resolución de problemas, la resiliencia, la determinación, la competencia, el afrontamiento de riesgos, las conductas asertivas en crisis (habilidad para permanecer impasible), el sacrificio personal en tiempo de guerra, etc.

El problema que se suscita con estas capacidades es que si bien en general los hombres están –por la conformación identitaria propiciada por la MH–, más entrenados en su utilización, éstas de ningún modo son atributos masculinos específicos, sino que son virtudes humanas que el colectivo masculino se ha apropiado en exclusiva. Y cuando actualmente las mujeres se encuentran legitimadas para acceder a ellas, surge la pregunta masculina ¿qué nos diferencia de las mujeres?. Lo que deriva en la inquietud actual para muchos hombres: sin estas capacidades como distintivo ¿qué significa comportarse como un hombre?.

Ya no dentro del campo de las virtudes, sino de los problemas derivados de la masculinidad, muchos autores estudiosos de la psiquis y la salud mental masculinos relacionados con el psicoanálisis (Benjamín, 1988; Kupers, 1993; Kaplan, 1994; Bonino, 2000; Burin y Meler, 2000), y toda una corriente de quienes trabajan con el sufrimiento de los hombres –los representantes de la psicología junguiana y el movimiento mitopoético (Moore y Gilette, 1990)– han pensado que muchos de los problemas de los hombres son resultantes de la absolutización, exageración, caricaturización y/o rigidificación en la subjetividad de la influencia de una o más de las creencias y mandatos de la MH. Así la problemática psicopatológica masculina se produciría cuando por ejemplo, de la autoconfianza se pasa al dominio, de la fuerza a la violencia, de la actividad al intervencionismo, del anhelo de superación a la ambición desmedida, etc. Indudablemente esto se comprueba en el quehacer cotidiano de la clínica psicológica, e incluso esta patología puede clasificarse en cuatro categorías: malestares masculinos, trastornos por indiferencia hacia otr@s o hacia sí mismo, abusos de poder y violencias (molestares y maltratos masculinos), y trastornos por temeridad excesiva. Cada una de estas categorías se relaciona con una o más de las creencias de la MH y sus reguladores de cumplimiento (Bonino, 2000).

La masculinidad como problema

Las problemáticas de la masculinidad son una parte del asunto, porque también la MH en su propia constitución tal cual está establecida, es un problema, ya que en tanto tal y por el tipo de socialización que estructuralmente promueve, genera sujetos varones con déficits, mutilaciones deshumanizadoras y conflictos con otras facetas de lo humano, siendo además en su constitución factor de riesgo para la salud y la vida.

En primer lugar, y junto con la FH, conduce a un proceso de especialización –es decir de actuaciones vitales diferentes de mujeres y hombres–, con limitación de posibilidades de vida que queda ceñida a la realización exclusiva de ciertas actividades, a la percepción excluyente de la realidad, a formas de sentir y pensar restringidas por sistemas afectivos e intelectuales segregados, a la integración diferencial de tiempos y espacios, con acceso a recursos vitales diferenciados, y con expropiación masculina de recursos femeninos (Cazés, 1999). Además, y como aspecto fundamental de la jerarquización de género, adjudica a los varones, cualidades y valores que son propios de lo humano –es decir también de las mujeres– proscribiéndolos para ellas. Por todo ello, la MH genera, sujetos masculinos preponderantemente:

- hipercentrados en sí, obsesivos en mantener su independencia, omnipotentes;
- desconectados de la individualidad ajena, herméticos, con dificultades para el reconocimiento, tendientes a la indiferencia, encausados hacia afectividad superficial, y con rápidas vivencias de provocación y humillación ante las acciones de las demás personas;
- controladores, definidos en contra y a costa de otr@s, e impulsados a ser siempre «más»;
- con autonomía defensiva, expertos en la distancia larga, «seudoseguros» centrados en evitación y repudiado de la cercanía;
- racionales, con vínculos despersonalizados, más heterreflexivos que autorreflexivos con predominio de la negación;
- apurados y torpes, centrados en lo exterior, con dificultades de identificar propias experiencias;
- con desfase constante entre lo que son y como se muestran, especialistas en fingir superioridad y control;
- incapaces de dudar y de aceptar errores, negándose el derecho a equivocarse, a la contradicción y a la incertidumbre, y con dificultad para la autocrítica;

- apasionados por el éxito y la importancia, el dirigir y gobernar, muchas veces sin importar cómo, atados al desempeño, y obligados a poder;
- expertos en salir airoso, comunicadores provocativos y cínicos y con facilidad para explotar debilidad ajena;
- con vivencia constante de contradicciones entre potencia, impotencia y carencia;
- que naturalizan la violencia, definen amor como posesión e igualdad como no recíproca;
- más amados que amantes, creídos de ser merecedores de amor por el sólo hecho de ser hombres, sin cuestionarse lo que ofrecen;
- sin facilitación para la experiencia de la culpa, el límite y la responsabilidad (experiencias que son las que permiten acotar la agresividad y la tendencia a destrucción), con «inocencia» que avala la impunidad;
- falta de asunción de la finitud y caducidad, la vulnerabilidad y fragilidad humanas, con incapacidad para ser «uno más» no atado a la hazaña ni a la épica;
- que pueden saltarse vallas morales o de coexistencia en función de cumplir sus objetivos «masculinos», teniendo legitimada la violencia para resolver sus conflictos;
- invisibilizadores de aportes de las mujeres al mundo, y utilizándolas como depositarias de las propias culpas;
- con paternidad «despreocupada» donde tienen en cuenta más sus derechos que sus obligaciones afectivas;
- misóginos y homofóbicos.

Sujetos masculinos éstos que, al autoimponerse determinados intereses y caminos vitales se deshumanizan, en tanto mutilan aspectos de la experiencia que no son prescritos por las normativas de la MH, tales como:

- lo definido culturalmente como «femenino», que no sólo se desvaloriza, sino que se rechaza;
- lo emocional, que es rechazado por irracional, con ocultamiento (a sí y a terceros) de las emociones y con dificultades para procesar el sufrimiento psíquico;
- la sensibilidad socioemocional, la sensualidad, y la entrega amorosa;
- la reciprocidad vincular, lo empático y lo cuidador con ineptitud para la educación sensible y la crianza;
- la autorreflexión y la asunción de los conflictos consigo mismo (característica sin la cual se torna dificultoso crecer humanamente);
- la paternidad vincular como posibilidad de creación de lo humano;

- la particularidad y el potencial de la imaginación;
- la autoprotección, por inhibición de la percepción del riesgo.

En relación a esto, la MH propicia miedos anulantes que no pueden reconocerse ni hablarse como tales y que encierran al hombre en el silencio, la vergüenza y la apariencia. Miedos a perder poder, a impotentizarse y «feminizarse», al juicio de los otros hombres, al acercamiento afectivo a ellos, al ridículo, a sentir dolor, fracasar, no saber que hacer, pedir ayuda, al descubrimiento de los «fallos» y a ser «desenmascarado» o «puestos en evidencia».

La misma estructura de la MH provoca también conflicto con otras esferas de lo humano, ya que las invisibiliza, rechaza o se erige como defensa respecto a ellas. Así por ejemplo:

- Invisibiliza la dependencia subjetiva, especialmente con las mujeres, que actúan frecuentemente como calmantes de la angustia masculina, reafirmadoras de identidad y sostén del aspecto dependiente masculino.
- Limita la interdependencia y la capacidad de amar, por pérdida de capacidad de mutualidad y reconocimiento.
- Provoca conflictos con expresión de ternura e igualdad, intimidad y empatía porque no son masculinos».
- Obliga a suprimir los deseos homoafectivos y homoeróticos, transformándolos en homofobia.
- Ubica a los otros como receptáculo de los aspectos negados o que se denigran de sí, denigrando luego a los depositarios.

Finalmente, la MH

- es factor de riesgo para la salud y la vida propia y ajena porque sus cualidades propician muchas enfermedades somáticas y psicológicas, un modo retardado y auto-suficiente de percibir las, procesarlas y tratarlas, así como daños a las personas por abuso o violencia;
- facilita la fractura subjetiva, o la desubjetivización, por su colisión con la realidad, los nuevos discursos y las exigencias femeninas;
- facilita la aparición de las problemáticas masculinas específicas;
- genera el «boomerang de la dominación» en tanto el ejercicio del poder que impone la MH a los hombres deriva en una exigencia femenina hacia ellos, de los que se espera todo (príncipe azul, salvador), e internamente se convierte en autoexigencia que deriva en las «responsabilidades masculinas».

El cambio

La práctica clínica y social nos muestra que el poder de la MH predomina de manera generalizada, por lo que hay pocos hombres «nuevos», siendo la mayoría son incorregiblemente «antiguos». Eso no significa que esta masculinidad, como producto histórico-social no puede transformarse, si hay deseo social de romper este imaginario. Lamentablemente, hasta ahora, este deseo –que sí existe– está siendo sostenido principalmente por muchas mujeres y algunos pocos hombres. Ahora bien, para que dicha transformación lo sea realmente es preciso hacerlo sobre todos sus componentes de la MH, para lograr otra (o ninguna) masculinidad y no versiones light de ella. No basta la voluntad de ser menos autosuficiente, violento o igualitario, o deslegitimar esos valores, sino que es preciso trabajar en deshacer las múltiples estructuraciones sociales e individuales (del cuerpo, carácter, identificaciones y hábitos) que la MH, en su calidad de, organizador, normativa, guía y modelo produce en las instituciones y sujetos masculinos.

Recordemos que la MH no es algo de ponerse y quitar, sino que está inscrita en toda nuestra identidad (subjetiva, corporal y vincular) y modela nuestra posición existencial, por tanto modificarla supone un cambio identitario y posicional. Algunos plantean su redefinición, otros su transformación, otros su metamorfosis y otros su disolución en una disposición vital –una identidad «débil»–, pero todas estas posibilidades requieren al menos algunos requisitos:

- Tener en cuenta que en los hombres ya existentes, la MH ya está internalizada como ideal y guía existencial en la identidad constituida, por lo que la posibilidad de cambio deberá ser planteada sobre lo ya dado. No basta por tanto el cambio de ideas, ni siquiera de prácticas, sino de la misma identidad.
- Saber que el cambio produce resistencias materiales y emocionales, porque implica tocar la identidad, pero también tocar privilegios que los hombres no dejarán fácilmente.

Aceptar que el cambio requiere una revisión identitaria (individual y social) y de posición existencial que incluye una decisión de rebeldía al sometimiento a la MH, una desconstrucción crítica de los valores, creencias con sus organizadores y mandatos de la MH, una desidentificación y una deshabitación de sus definiciones de ser y de los hábitos que ha promovido, y una reinención particular alejada del deber ser, aunque con una ética de la igualdad y el respeto a las demás personas y a la diferencia.

– Considerar que el cambio incluye los asuntos relacionados con el cuerpo, no solo redefiniciones sino reencarnaciones, es decir nuevas prácticas corporales que impliquen

interacciones más o menos cordiales entre cuerpos y una exploración más diversa de los placeres corporales (Connell, 1998).

– Jerarquizar la necesidad de la introducción de nuevos ideales y valores e intereses (Pease, 2000): quien quiera cambiar desde una ética de la igualdad, debe tener en cuenta que la paz, la igualdad, el antidogmatismo y la vinculación son valores poco existentes en el listado de los que propone la MH.

– Procurar descubrir y legitimar masculinidades contrahegemónicas, y no solo pensar en cambios de flexibilicen el núcleo duro de la MH, pero sin cambiar sus premisas.

– Buscar hombres interdependientes, cercanos, que no rivalicen entre ellos ni se aprovechen de las mujeres, pacíficos con fuertes sentimientos morales de respeto al otr@ y a la naturaleza, cuidadores, que no tengan nada que probar ni conquistar permitiéndose ser uno más, para los que ser un hombre hecho y derecho no signifique nada, y acercarnos a ellos, aprender de ellos lo que les ha permitido ser resistentes a la MH y promoverlos socialmente (Christian, 1994).

– Tener en cuenta que aún no hay políticas públicas que promuevan la masculinidad no hegemónica, y que habrá que crearlas, porque las políticas tradicionales actúan como defensoras y perpetuadoras de la MH y sin ellas es muy difícil hacer cambios que vayan más allá de los esfuerzos individuales (Jackson, 1996; Deven, 1998; Bonino, 2001).

Espero que este artículo colabore en algo a todo ello.

Bibliografía

BADINTER, E. (1992): *XY, de l'identité masculine*. Paris: Odile Jacob.

BAUMANN, G. (2001): Tres gramáticas de la alteridad, en Nash, M. y Marre, D. (Ed), *Multiculturalismo y género*. Barcelona: Bellaterra.

BENJAMIN, J. (1988): *The Bonds of Love*. NY: Pantheon.

– (1995): *Sameness and difference*. New Haven: Yale University Press.

BLEICHMAR, H. (1986): *Angustia y fantasma*. Madrid: Adotraf.

BONINO, L. (1991): «Varones y abuso doméstico», en San Román, P. (ed.), *Salud mental y ley*. Madrid: Aen.

– (1994): «Adolescencia y comportamientos temerarios», *Actualidad psicológica*, Argentina.

– (1998): *Micromachismos, la violencia invisible*. Madrid: Cecom.

- (1999): «Los varones frente al cambio de las mujeres». *Lectora. Revista de dones i intertextualitat*, Barcelona: Universidad de Barcelona.
- (2000): «Varones, género y salud mental», en Sagarra. M y Carabí. A (eds.), *Nuevas masculinidades*. Barcelona: Ikaria.
- (2001): «Los varones hacia la paridad en lo doméstico», en Sanchez-Palencia, C e Hidalgo, J.C. (eds.), *Masculino plural: construcciones de la masculinidad*. Lleida: Universidad de Lleida.

BOURDIEU, P. (1990): «La domination masculine», en *Actes de la Recherche en sciences sociales*, 84,2/32. Paris: Editions de minuit.

- (1998): *La domination masculine*. París: Seuil.

BRAIDOTTI, S. (1994): *Nomadic Subjects*. NY: Columbia University Press.

BRANDES, S. (1991): *Metáforas de la masculinidad*. Madrid: Taurus.

BRANNON, R. y DAVID, D. (1976): *The Forty-nine Percent Majority*. Washington: Wesly.

BRITTAN, A. (1989): *Masculinity and Power*. Oxford: Blackwell.

BURÍN, M., y DIO BLEICHMAR, E. (1996): *Género, psicoanálisis y subjetividad*. B. A.: Paidós.

BURIN, M., y MELER, I. (2000): *Varones, género y subjetividad femenina*. B.A.: Paidós.

BUTLER, J (1990): *Gender Trouble: Feminism and the Subversion of Identity*. London: Routledge.

CAZES, D. (2000): *La perspectiva de género*. Mexico DF: Conapo.

CHRISTIAN, H. (1994), *The Making Of Antisexist-Men*. Londres: Routledge.

DE ALMEIDA, M (2000): *Senhores de si*. Lisboa: Fin de siglo.

DIO BLEICHMAR, E. y BURIN, M. (1996): *Género, psicoanálisis, subjetividad*. B.A.: Paidós.

DIO BLEICHMAR, E. (1998): *Sexualidad Femenina*. Madrid: Paidós.

ELIAS, N. (1992): *Deporte y ocio en el proceso de la civilización*. Mexico D F: Fondo de cultura económica.

GIL CALVO, E. (1997): *El nuevo sexo débil*. Madrid: Temas de hoy.

GILMORE, D. (1990): *Manhood in the Making*. Londres: Yale University Press.

KAPLAN, L. (1994): *Perversiones femeninas*. Barcelona: Paidós.

KAUFMAN, M. (1993): *Cracking the Armour*. Toronto: Viking.

KUPERS, T. (1993): *Revisioning Men's Lives*. Nueva York: Guilford.

MCMAHON, A. (1999): *Taking Care of Men*. Cambridge, UK: Cambridge University Press.

MOORE, R., GILETTE, D. (1990): *La nueva masculinidad*. San Francisco: Harper (edición en castellano en 1993, Barcelona: Paidós).

NUÑEZ NORIEGA, G. (1994): *Sexo entre varones*. UNAM: México.

OLAVARRÍA, J. y PARRINI, R. (2000) *Masculinidad/es*. Santiago de Chile: Flacso.

PEASE, B. (2000): *Recreating Men. Postmodern Masculinity Politics*. London: Sage.

- POLLACK, W. (2001): «Masked Man», en Brooks, G y Good, G. (Ed). *The New Handbook of Psychotherapy with Men*. S. Francisco: Jossey-Bass.
- RODRÍGUEZ VICTORIANO, J. (2001): «Masculinidades nómadas». 1ª Jornadas españolas sobre la condición masculina, Jerez.
- SALISBURY, J. y JACKSON, D. (1996): *Challenging Machos Values*. Londres: Falmer.
- SÁNCHEZ-PALENCIA, C. E HIDALGO, J.C. (eds.) (2001): *Masculino plural: construcciones de la masculinidad*. Lleida: Universidad de Lleida.
- SEGARRA, M y CARABÍ, A (eds.) (2000): *Nuevas masculinidades*. Barcelona: Icaria.
- SEIDLER, V. (ed.) (1992-1998): *Male Orders*. Londres: Routledge.
- WELTZER-LANG, D. (1991): *Les hommes violents*. Paris: Lienne et Courier.